

Hacer la vejez

Francisco RODRÍGUEZ RIOBOÓ*

Resumen

Tratamos en este artículo de hacer algunas observaciones sobre cómo se construye la vejez, si es el propio viejo el que la elabora o es la sociedad quien se la da ya hecha. Nos mostramos claramente partidarios de que cada viejo tenga la vejez que le marquen su biografía, su voluntad y sus circunstancias, pero creemos que la sociedad impone modelos de vejez restrictivos. Consideramos dos de estos modelos, el que toma la vejez como pura decadencia trazando un sombrío retrato de ella y el que la describe acentuando sus aspectos benéficos, dibujando, en ocasiones, cuadros idealizados de la vejez. Exponiendo algunos textos clásicos sobre ambos modelos, les criticamos por considerar ideológica su elaboración.

Introducción

El verbo hacer sirve para casi todo. Nos pasamos toda nuestra vida haciendo cosas y aun cuando creemos que paramos de hacer y nos preguntan ¿qué haces?, respondemos: nada. Por hacer, hasta la nada hacemos.

Hacemos filetes a la plancha, libros, ojales, maldades, edificios de doce plantas; y tanto nos gusta ser hacedores que, en imagen equívoca y turbia, algunos hombres, apropián-

Abstract

THE CONSTRUCTION OF OLD AGE

The subject of this article is a discussion on the construction of old age, whether it is done by old people themselves or by society. While each old person should clearly have an old age in line with his or her life, wishes and circumstances, society imposes restrictive models of old age. Two of these models are examined, one which considers old age to be pure decay and paints a gloomy portrait of it, and another which brings out its positive aspects, and sometimes draws an idealised picture. Some classical text on both models are described and criticised for taking an ideological standpoint.

dose de obra en la que sólo participan brevemente en el prólogo, dicen que hacen hijos, y para rematar la turbulencia, concretan: a Jimena, a Fuenclisla, a Inés.

Pero no sólo hacemos, sino que los demás también nos hacen muchas cosas: chaquetas, permanentes, faenas, radiografías (esos retratos en blanco y negro que adelantan con admirable exactitud cuál será nuestro último look).

También la vejez se hace. Pero ¿quién la hace?, ¿la hacemos o nos la

* Profesor Titular de Historia del Pensamiento en la EUTS de la Universidad Complutense de Madrid.

hacen? Sobre esta cuestión y las que están a su alrededor quisiéramos nosotros reflexionar en este artículo. Nos la hacen, la hacemos, mitad y mitad, o tres cuartos y medio de lo primero y mitad de cuarto de lo segundo. O al revés. La cuestión nos lanza, o mejor nos precipita —que hay abismo por medio—, a un problema que conocen muy bien los sociólogos y que de tiempo en tiempo surge al igual que lo hace el entrañable y escurridizo monstruo del Lago Ness: aparece, encandila, le sacan fotografías trucadas, desaparece. La polémica de quién conduce el tren, el individuo o la sociedad, es ya un *locus* clásico en los saberes sociales. Lo de trucar las fotos no era un puro decir por decir. De lo que hacemos en la vida y de lo que no hacemos, que suele ser biográficamente más inquietante ¿quién marca la pauta? Unos dicen que la orquesta la dirige esa dama tan inasible como omnipresente que es la sociedad; para otros la batuta está en manos del individuo. Claro está que los que podríamos llamar “individualistas”, “subjetivistas”, partidarios de la “agencia”, no podrán negar la importancia de “lo social”, y que los que suelen llamarse estructuralistas, “colectivistas”, saben de sobra que el individuo elabora estrategias para demarcarse o jugar a su manera con las restricciones sociales. Sin embargo el que se cargue el acento en una dirección o en otra no es cuestión baladí y, no nos engañemos, es esta cuestión fuertemente impregnada de aspectos políticos e ideológicos —mantenemos la esperanza e ingenua creencia que

puede hacerse política sin excesivas cargas ideológicas, en el sentido marxiano, y por eso decimos política e ideología, y no ideología e ideología aplicada. Nosotros, en nuestra levedad doctrinal, nos sentimos más próximos a los segundos que a los primeros y, por decirlo de alguna forma, comulgamos, en grandes líneas, con las tesis de Pierre Bourdieu, para quien “existen en el mundo social mismo y no sólo en los sistemas simbólicos, lenguaje, mito, etc., estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o coaccionar sus prácticas o sus representaciones” (Bourdieu, 1993: 127). Lo que a nosotros nos interesa de esta polémica, de que si la sociedad, de que si el individuo, es que incide de lleno en la pregunta que nos hacemos sobre quién hace la vejez. La respuesta, en gran parte, vendrá dada por la posición que previamente —y no siempre, me parece, hay clara conciencia de ello— se tenga ante esta cuestión. Nuestra posición es clara: Individuo 1, Sociedad 8. Gana la sociedad por goleada, en campo contrario (a tenor de los aires que soplan hoy) y el árbitro hizo un arbitraje descaradamente a favor del individuo. También es claro que nos hubiera gustado que sucediera exactamente al revés o que, de ganar la sociedad, lo hubiera hecho con un equipo muy distinto.

La vejez como diversidad

Los viejos ¿se hacen o “los” hacen? (¿Dije “los”? erré, debiera

haber dicho “nos”, que yo ya entré en la cofradía de los añosos). Viejos de confección, viejos a medida. Por mucho que se piense que las representaciones sociales penetran en las zonas más íntimas del individuo — pienso que las singularidades individuales son productos, más o menos alambicados, de presupuestos altamente socializados—, nadie puede ignorar que la vejez de Luis y de Juan serán distintas en la medida que lo son sus caracteres, sus biografías, las circunstancias que rodean su vejez: no es necesario irse a Alcalá para aprender eso. Sin embargo será la representación social de la vejez que esté vigente, y la aplicación práctica y despiadada tantas veces que los adultos hagan de ella, quien marcará el son alrededor del cual bailarán, quieran o no, los viejos. Verdad es que hay viejos firmes en el carácter y más firmes en la chequera que conseguirán evadir en grado notable el papel que la sociedad los ha asignado de antemano; lo propio podrán hacer aquéllos que tuvieron y aún conservan prestigio público; los viejos de mucha imaginación y coraje, sin dinero y prestigio, harán alguna pirueta no prevista en el cartel. Pero éstos son siempre pocos y los demás, los más, tendrán que ajustarse al papel.

Sabemos que es difícil evitar la categorización de los grupos de edad —y particularmente de los viejos— por la sociedad, pero no olvidemos que “categoría” viene del griego *kathēgorēsthai*, acusar públicamente, y de acusaciones, las imprescindibles, ni una más. Mientras más rótulos pongamos a la vejez —y las construc-

ciones que suelen llevar anejas— más estrecharemos el horizonte existencial del viejo. Probablemente eso fue lo que se quiso en muchas etapas de la tradición y aún, en cierto modo, tal vez se quiera. Claro que no es de buen gusto sacar a la luz, entre corazones oficialmente buenos, durezas inmemoriales. El ancestral depredador, como los descosidos, mientras menos se vea, mejor.

Se construyen vejeces *a priori* en función de criterios presuntamente funcionales y retóricos modelos morales, y luego se mete a los viejos en esos modelos para que cumplan el servicio senil obligatorio: ¡qué bonito!

Verdad es que la vejez supone, aunque sólo de forma muy general, determinados cambios somáticos que probablemente conlleven determinadas actitudes, formas de instalarse en el mundo, pero la vejez como categoría real que al aparecer en el individuo prescribe en gran parte su comportamiento, conformándolo con el de otros a los que igualmente llegó esa edad, digo, esa vejez no es más que, recordando la vieja polémica de los universales, *flatus vocis*, aire, sólo una palabra que nombra una diversidad, un cajón de sastre.

No hay vejez, hay viejos, y aunque la edad imponga restricciones —a veces muy fuertes—, cada uno va, o debiera de ir, si la sociedad no le impusiera patrones a seguir, por el carril que su biografía y sus circunstancias le lleven. Norberto Bobbio, bien conocido en el mundo de la filosofía del derecho y en la política, nos ha escrito un pequeño y bonito libro sobre la vejez, o mejor, sobre su vejez; *De*

Senectute le llama, recordando el ensayo de Cicerón sobre la vejez, pero sin duda, ya lo veremos después, mucho menos retórico que el del viejo senador al que la turbulenta política romana terminó por cortarle la cabeza. Respecto a lo que estamos comentando nos dice: "La vejez no está escindida del resto de la vida anterior: es la continuación de tu adolescencia, tu juventud, tu madurez. (...). Refleja tu visión de la vida y cambia tu actitud hacia ella, según hayas concebido la vida como una montaña inaccesible que escalar, o como una corriente en la que estás inmerso y discurre lentamente hacia la desembocadura, o como una selva por la que vagas, inseguro siempre sobre el camino a seguir para salir de ella. Hay el viejo sereno y el afligido, el satisfecho llegado tranquilamente al final de sus días, el inquieto que recuerda sobre todo sus caídas y espera trepidante la última de la que ya no conseguirá levantarse; quien saborea su victoria y quien no logra borrar de la memoria sus derrotas" (Bobbio, 1997: 40-41).

Verdad es que las prescripciones sociales también afectan a adolescentes, jóvenes y maduros, pero a los viejos se le cierran —socialmente— mucho más los caminos cuando, pienso yo, mientras más trayectoria vital se deja a las espaldas más debiera crecer la singularidad. En principio, los jóvenes pudieran ser más parecidos que los viejos ya que su tiempo para diferenciarse ha sido menor, sin embargo se admite mucho más fácilmente su singularidad y la posibilidad de elaborar "personalmente" su juventud y luego su ma-

durez. Ciertamente, hay más factores que explican esta situación pero no hay muchos, a mi modo de ver, que justifiquen encerrar a viejos tan distintos en ancianidades tan parecidas, a no ser que demos por bueno el inquietante argumento (?) que cuando los hombres llegan al ocaso de su vivir la improductividad (laboral, generativa), la pérdida de destreza (tópica muchas veces) y la declinación orgánica, los mete en un mismo saco y sólo es necesario un tren por una sola vía para llevarlos: total, como se supone que se van a morir pronto, tampoco hay que tomarse demasiadas molestias. Ya se sabe "el muerto al hoyo y el vivo al bollo", y como los viejos —y más aún los muy viejos— son vecinos de la *Chafa*, de bollos, pocos, que el tiempo que les pueda quedar de estar en este barrio no es mucho y, como suele decirse, unos pocos días se pasan de cualquier manera. Este razonamiento lo he oído —en lenguaje más protocolario y falaz que el desenfadado y desnudo que hemos utilizado— en más de una ocasión en distintas bocas, algunas de ellas profesionales, que poco engalanan con ello su profesión aunque plazcan al tesorero. Sea como fuere, el viejo debe vivir su vejez según la sienta y cada cual la siente a su manera. Roberto Bobbio nos dice, líneas atrás de las que antes he citado: "Biológicamente, yo situó el comienzo de mi vejez en el umbral de los ochenta años. Pero psicológicamente siempre me consideré un poco viejo, incluso cuando era joven. Fui un viejo de joven, y de viejo me consideré todavía joven hasta hace unos años. Ahora

creo que soy un viejo viejo" (Bobbio, 1997: 24).

El viejo puede dedicarse al ejercicio de la melancolía o, con achaques o sin ellos, estar la mayor parte de su tiempo más contento que unas pascuas; puede pensar que la vida ya no vale mucho la pena o estar entusiasmado de vivirla. De seguro que ambos tendrán buen número de razones para ello: como los adultos, como los demás, como todos.

Lo que no debiéramos hacer es formular —y menos aún con cierta rigidez— modelos de cómo "debe ser" la vejez: que cada viejo construya su vejez según quiera y pueda, y nadie nos señale el aro por el que hay que saltar, que mientras se guarden las leyes de la república y las de la convivencia, cada viejo escoja la tronera por la que entre y salga.

Bobbio nos dice que su vejez es melancólica, entendiendo la melancolía "como la consciencia de lo no alcanzado y de lo ya no alcanzable" (42-43). Cicerón, muy fuera de la melancolía, se recrea en lo alcanzado en su rica y exitosa biografía de político y filósofo, y en cuanto a lo no alcanzado tampoco parece preocuparle, pues vivir serenamente la vejez es una meta por sí misma; además, y es factor clave —al menos en teoría— en la vivencia de la vejez, al contrario que Bobbio para el que tras la muerte no hay ultramundos, Cicerón confía en alcanzar una inmortalidad estupenda, estupenda porque para los hombres públicos que se esfuerzan en engrandecer la república hay en el cielo un espléndido lugar reservado para ellos.

En *Sobre la república*, en el sueño construido al modo pitagórico, cuando Publio Cornelio Escipión el Africano ve a su padre adoptivo, el viejo Escipión el Africano, éste le dice: "para todos los que hayan conservado la patria, la hayan asistido y aumentado, hay un cierto lugar determinado en el cielo, donde los bienaventurados gozan de la eternidad. Nada hay de lo que se hace en la tierra, que tenga mayor favor cerca de aquel dios sumo que gobierna el mundo entero que las agrupaciones de hombres unidos por el vínculo del derecho, que son las ciudades. Los que ordenan y conservan éstas, salieron de aquí y a este cielo vuelven" (*Sobre la república*, lib. VI, 13).

Con tan gratas perspectivas no es de extrañar que Cicerón viviera amable vejez. El probable cielo pitagórico que le espera, el recuerdo de los servicios prestados a Roma —Catilina y Marco Antonio, por ejemplo, no estarían tan seguros de esto último—, su aceptación estoica de los procesos naturales —y la vejez lo es—, le hacen decir en *De Senectute*, por boca de Catón el Viejo: "Por todo eso, Escipión, me es leve la vejez, en lo cual has dicho que juntamente con Lelio solíais admiraros, y no sólo no me es molesta, sino que es para mí jocunda. Y si yerro en pensar que las almas humanas son inmortales, yerro de buena gana, y no quiero que mientras viva se me saque de este error en el cual me deleito" (*De Senectute*, XXIII, 85).

Curiosa esta consideración final de Cicerón que nos recuerda a la

apuesta pascaliana de que exista o no Dios, es existencialmente más rentable creer en él. En cualquier caso el viejo que cree firmemente en que tras la muerte vendrá buena y dilatada existencia, la vejez será última jornada hacia el puerto soñado y los sinsabores de ésta serán mejor aceptados.

La vejez sombría

Viejos melancólicos, viejos satisfechos, viejos que piensan que la vejez es el peor de los males: la vejez, afortunadamente, no es unívoca. En el mundo clásico y prácticamente en toda la tradición occidental han predominado los modelos de disminución y sólo a partir del último tercio de este siglo que se nos va han empezado a tomar fuerza los modelos de crecimientos (Moñivas, 1998), pero esto más bien ha sucedido en ambientes científicos —y no siempre— y la vejez sigue ligada popularmente a características negativas. Se pregunta Agustín Moñivas: “¿Por qué en gerontología todavía, a veces, es normal poner el énfasis en lo patológico sobre lo normal? ¿Existe alguna razón para estas actitudes y prejuicios tan negativos hacia el envejecimiento?”. No es la propia realidad del anciano la que da lugar a estas actitudes, sino las representaciones ideológicas de la vejez concebida como pura decadencia.

El filósofo y el retórico Luciano de Samosata en el siglo II a.C., en el diálogo que transcurre entre Terpsión y Plutón, nos dice por boca del primero que considera un contrasentido del

Destino y de la Naturaleza que algunos jóvenes mueran mientras los viejos siguen viviendo, “ya que la cosa debería suceder con cierto orden, de modo que el más viejo muriera antes, y, después de él, el que siguiese en edad, sin que se invirtiera el orden de ninguna manera, de modo que siga viviendo el ancianísimo que apenas tiene tres dientes, que casi no ve, que se apoya en cuatro criados, con la nariz llena de mocos y los ojos de legañas, que ya no goza de ningún placer y es una especie de tumba viviente que hace reír a los jóvenes” (*Diálogos de los muertos*, VI).

Ha pasado mucho tiempo desde que griegos y romanos nos hicieron sombríos retratos de la vejez, pero el modelo tiende a permanecer aunque, afortunadamente, ya no tenga vigencia oficial. Lo hemos oído, con distintas formulaciones, muchas veces: “El viejo chocho que ya no puede con sus calzones y aún intenta hacer cosas”, aunque una de esas cosas sea la humilde tarea de subirse a un autobús; es el viejo “que tiene un pie en el otro mundo y todavía tiene ganas de jarana”. Podrían multiplicarse frases de este jaez. La burla y el desdén todavía acompañan a la vejez. Si el viejo se recoge en soledades — una forma de protegerse de la exclusión social— y se atrinchera en silencios, y no digamos si se vuelve un poco hurraño, también caerá interdicción sobre él, sobre todo si se extreman los modelos de “vejez jovial” que —aunque haya razones que lo avalan— tiende a utilizarse indiscriminadamente en algunos medios gerontológicos.

El adulto ve en el viejo su probable vejez y no quiere reconocerse en ella. Simone de Beauvoir nos da un argumento para este rechazo, que aunque nos parezca discutible, no deja de resultar interesante; nos dice la escritora francesa: “El viejo —salvo excepciones— ya no *hace* nada. Se define por una *exis* no por una *praxis*. El tiempo lo lleva hacia el fin —la muerte— que no es su *fin*, que no es establecido por un *proyecto*. Y por eso para los individuos activos se presenta como una “especie extraña” en la que no se reconocen” (Beauvoir, 1983: 262). Sea como fuere, las sociedades tienden a crear más que para ninguna otra edad, modelos cerrados de vejez donde las ancianidades reales pierden su identidad. Se les obliga —en la tradición de forma ostentoria, hoy ha disminuido esta presión en la medida en que se desmoronan los estereotipos y aumenta el número de viejos que presionan a las instituciones— a cumplir su papel de viejo y, claro está, a las distorsiones que pueden aparecer en la vejez, se añade la distorsión que genera el corsé. No es sólo la presión social general, y especialmente la de los círculos próximos, la que fuerza a seguir el modelo, sino que la interiorización de éste por el propio individuo es elemento esencial para el éxito de la operación. En las mujeres y hombres en que la vejez oficial coincide con la por ellos querida e interiorizada, miel sobre hojuelas y todos comerían esas postreras y felicitarias perdices de los cuentos si no fuera por que la mayoría de los viejos son pensionistas de pensiones de pena y las perdices tienen para ellos precios prohibitivos.

Pero en general, la historia nos muestra que las perdices que ha tenido que comer la vejez como categoría social son amargas. El estatuto al viejo se lo dan y paradójicamente consiste en privarle de él. Simone de Beauvoir lo ve así: “Mientras conserva eficacia, permanece integrado en la colectividad y no se distingue de ella, es un adulto masculino de edad avanzada. Cuando pierde sus capacidades se presenta como *otro*; entonces se convierte, mucho más radicalmente que la mujer, en un puro objeto. La mujer es necesaria para la sociedad; él no sirve para nada: ni moneda de cambio, ni reproductor, ni productor; no es más que una carga” (Beauvoir, 1983: 108).

Hay que insistir en ello, que dejen a cada viejo construir su vejez, leda o taciturna, apasionada o apática, serena, atormentada. Que desde su trayectoria vital y su voluntad le venga su vejez. A la sociedad hay que pedirle que respete esa vejez y la ayude en la medida en que eso sea posible. Sin duda que el viejo no debe creerse que todo el monte es orégano y la vejez salvoconducto para su capricho. Como todo juego que se establece entre la sociedad y el individuo, se trata de un toma y daca; pero si el viejo recibe poco —y pensamos no sólo en lo material sino en lo simbólico— poco dará. Parte significativa de las conductas marginales de los viejos son reactivas.

Amarga la vejez para unos, dulce para otros, agridulce, supongo, para los más. En el pensamiento occidental hay, básicamente, dos modelos de

vejez, que arrancan del mundo clásico y llegan hasta nosotros. El que ve en la vejez sólo ocaso y el que la ve — más o menos— como culminación de la vida. Un tercer modelo, vigente hoy, sería el asistencial —tutelado fundamentalmente por las instituciones gerontológicas— próximo en algunos aspectos al segundo, más realista, elaborado por profesionales (psicólogos, trabajadores sociales, médicos, sobre todo) y con algunas puntas de peligro si intenta encajar la vejez en una sola horma. Nosotros vamos a ocuparnos de perfilar el primer modelo, del que ya hemos hablado, y de delinear a grandes rasgos el segundo.

Ciertamente, a partir del momento —si llega, que no tiene por que llegar— de un intenso declinar de las capacidades del cuerpo y del alma, la vejez se puede convertir en un sinvivir; el cuerpo convertido en una máquina de disfunciones y dolor, el alma embotada, perdida tal vez, en los oscuros laberintos de la demencia, el vivir se convierte en una difícil tarea tanto para el cuidado como para el cuidador. Venga antes o después, eso ya no es vejez, es subvejez, mejor aún, ultravejez. El modelo que ve la vejez como pura decadencia toma esta fórmula de decrepitud —a grandes rasgos— y la generaliza a la ancianidad. No sería difícil encontrar en estas gerontografías huellas, manifiestas o soterradas, del extendido culto a la juventud. En sociedades pragmáticas, funcionales o con inclinación a la sobrevaloración estética, la vejez sin función (memoria oral, valoración de la experiencia y el presunto juicio atemperado que de ella se

derivaría, poderes semimágicos por comunicación con los muertos, etc.) no suele tener buen cartel. También es verdad y es algo en que es conveniente insistir, en que es fácil deslizarse por el cedazo —vaya, quise decir colarse— si tratamos de derivar de forma mecánica modelos culturales de estructuras sociales. Como bien nos dice Paul Veyne, “Estamos excesivamente dominados por la idea de que una materia densa, social o política, atraiga una materia más ligera, como la mental y la modele a su imagen; en realidad, la materia mental, más ligera, es bastante etérea y libre” (Veyne, 1991: 264). Es cierto que los modelos culturales toman configuraciones que no es posible prever de la organización social —que a su vez está informada por modelos culturales— y que deducir actitudes sobre la vejez, estrictamente, de condiciones sociales, es peligroso. Pero al igual que las estrellas no determinan pero inclinan, que decían los clásicos, también las sociedades hacen lo propio. Sean cuales fueran las raíces de las actitudes ante la vejez y las sociedades que propician la vejez entendida como decrepitud, el modelo viene de lejos. Vimos antes un texto de Luciano de Samosata; Aristófanes, Aristóteles, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Juvenal y Marcial, entre otros, nos pintan sombríos retratos de la vejez. En el *Agamenón* de Esquilo, dice el corifeo (el coro de ancianos de Argos), refiriéndose a los viejos:

*“Y a nosotros , inútiles
con esta carne marchita que nos
[excluyó*

Hacer la vejez

*de aquella campaña de antaño,
[esperar
tan sólo restó
y apoyar en el báculo el débil vigor
que en niños nos torna. Si hirviente
[aún está
su médula y así
son ancianos sin Ares, sus hojas
[perdió
nuestra extrema vejez: caminamos
[con tres
pies y somos infantes también, nada
[más
que errabundos fantasmas, ensueños
[que el sol
no suele jamás alumbrar”
(Agamenón, 70-80).*

En nuestras letras no faltan estas pesimistas pinturas de la vejez. Recordamos a Blasco de Garay, un olvidado clásico que a finales del XVI, en la segunda de sus *Cartas de Refranes*, contándonos la historia de un enamorado que tiene la piadosa y extravagante intención de convencer a su enamorada que lo mejor que puede hacer es abandonar el siglo, nos hace este fiero retrato de la vejez: “Y mirad en qué paran las corruptibles cosas mundanas, y esa cara que tan agradable es en mocedad cuál estará en la fría vejez, cuando la dura reja del tiempo la are y hienda por diversos y acostumbrados surcos”. Para que la pobre enamorada se dé cuenta de la fugacidad de la belleza, a la pintura de la vejez añade la del tiempo de la agonía —recurso generalizado éste de incluir en la vejez las apriorísticamente supuestas descomposiciones faciales del agonizante— y así el cuadro resulta más perfecto: “Pues ya,

si la tomáis en la hora postrimera de vivir, veréis la boca, que antes era llena de graciosa suavidad, torcerse, de tal manera boqueando, que a todos sea cruel espanto. Los ojos, que con tanta majestad se meneaban, tan feamente desencajados, que apenas alguno ose mirarlos. La hermosa color de la cara tan por extremo descolorida, que no hay quien sentido tenga que no lo pierda en sólo vella” (Blasco de Garay, 1980: 73-74).

No sabemos si la joven llegó a encerrar en convento belleza tan efímera —según su singular enamorado— o, al menos, enterró para un buen tiempo espejos y solimanes, pero si este discurso se generalizase hoy mediante un buen sistema publicitario, drogueros, perfumistas, cirujanos plásticos y otros más, tendrían que pensar en ir echando el cierre a sus negocios.

El retrato tremendista de la vejez siempre es el mismo y consiste en trazar una caricatura de la vejez extremando y distorsionando su perfil físico; los tópicos se repiten a través del tiempo: piel surcada de arrugas y reseca, boca desdentada y babeante, ojos hundidos y legañosos, etc.

Estas visiones de la vejez suelen llevar implícita la “cálida” idea de que el cuerpo es el espejo del alma; de cuerpo —distorsionado previamente en la mirada y magnificado retóricamente— tan feo, lo mínimo que cabe esperar es un alma abatida, desarticulada... vieja; eso lo mínimo, porque esa elaboración ideológica de la vejez suele caracterizar al viejo como avaro, mezquino, ruin, poseído de inconfesa-

bles pasiones (viejo verde, lúbrico vejstorio, carcamal perverso): "lógicamente", todo eso tendrá que reflejarse en la cara. Esta amorosa idea de isomorfía entre cuerpo y alma alcanza su cénit en el Medievo, donde ciertas enfermedades suelen ser inevitable producto —junto con la mucha fealdad y la tara— de algún descarrío propio o de los progenitores. Jacques Le Goff, en su atractivo estudio sobre *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, aborda esta cuestión: "los leprosos son los hijos de los esposos que han mantenido relaciones sexuales durante la menstruación de la mujer (...). El pecado se expresa por la tara física o la enfermedad. La enfermedad simbólica e ideológica por excelencia de la Edad Media, la lepra (que ocupa el mismo lugar que el cáncer en nuestra sociedad) es en primer lugar el cáncer del alma (...). Las divisiones sociales laicas esenciales, nunca se expresan mejor que en oposiciones corporales: el noble es hermoso y está bien formado, el villano es feo y deforme" (Le Goff, 1985: 41).

Los mismos mecanismos se aplican a las distintas ancianidades según la escala social. ¿Qué se hace con la vejez de los prohombres públicos, ya sean guerreros, religiosos o políticos? Muy fácil, se cambia el registro y sus rasgos y cuerpo de viejo lo que refleja es calma interior, asentada serenidad, sabiduría, limpieza de espíritu. El rostro, si torturado, fieras batallas internas y externas; su viejo cuerpo achacoso no impedirá que trasluzca la valía de su espíritu: al menos será el retrato oficial, que del

oficioso tampoco escapan los hombres públicos.

Las dos varas de medir es uno de los inventos más útiles que ha creado la imaginación humana: su consistencia y persistencia a lo largo de los tiempos es su mejor certificado de calidad.

La vejez amable

Y así, con las pinturas amables de la vejez, hemos desembocado en el otro modelo al que queríamos echar una breve mirada: el que nos pinta la vejez, más o menos, de color de rosa. Hay dos visiones, la clásica, de la que Cicerón y Séneca podrían ser representativos, en la que se trata de encontrar lo positivo de la vejez más allá de las limitaciones que pueda suponer; es entendida como algo natural y por tanto valioso —desde la perspectiva estoica—, tiempo donde el hombre lleno de experiencia puede reflexionar serenamente sobre la vida, apartado —que no al margen, es importante recordarlo pensando en el hoy— de la vida pública. La otra variante es la moderna, *made in America*, donde el anciano, encanecido y asombrosamente bien conservado, se muestra moderado, tolerante, filantrópico... encantador. Rodeado de hijos y nietos resulta la fórmula más convincente. Es frecuente que los telefilms propaguen este modelo. A su formulación clásica nos referiremos.

Al igual que el otro, que tiene parte de verdad en las limitaciones y declives de la vejez, también muestra éste su verdad al plantearnos la vejez

como culminación de la trayectoria vital; el problema reside en que también es una elaboración ideológica que nos aleja de las vejeces reales, que suelen ser más inquietantes. Tienen la función de resolver felizmente el frecuentemente espinoso problema social y personal que es la vejez; el adulto o el viejo en situación singular quieren convencer a los viejos de las ventajas de su edad y ellos mismos convencerse de lo bonafiable de la vejez que les vendrá o viven. El modelo, más que el maquillaje de la realidad que supone, tiene la limitación que su realización depende en buena parte de un determinado status social; también es improbable que sin un cierto andamiaje intelectual y vital se pueda disfrutar de esa vejez que bien pudiéramos denominar filosófica. Vamos a ver algunos textos clásicos sobre este modelo.

Para Cicerón en *De Senectute*, la filosofía nos puede servir para sobre llevar satisfactoriamente la vejez, la vejez y cualquier otra edad. Recordando Catón a Tito —su viejo amigo— sus comunes intereses filosóficos, le dice: "Pues a mí ciertamente de tal manera me fue jocunda la composición de este libro que no sólo ha barrido todas las molestias de la vejez, sino que además ha hecho a la misma vejez suave y jocunda. Nunca, por lo tanto, podrá ser bastante dignamente alabada la filosofía, ya que quien la obedeciere, podrá pasar sin molestia cualquier edad de la vida" (*De senectute*, I, 2-3). No es vana la opinión de Cicerón, pues la curiosidad intelectual del filósofo, con más precisión, su afa-

nosa capacidad de contemplar la realidad, puede mantenerle expectante en la vejez —de nuevo insistimos en que no hablamos de decrepitud ni de senilidad—, relegando a un segundo plano las limitaciones de ésta; sin embargo, aparte de que la filosofía en el marco griego tardío y romano son sobre todo doctrinas de salvación —laicas— y no la construcción intelectual con que se entiende hoy, ¿no hay también límites al saber, al seguir sabiendo? En el otro *De Senectute*, el de Bobbio, el filósofo italiano nos recuerda la observación de Améry que hay un momento que señala "el final de la posibilidad de llegar más allá de uno mismo en sentido cultural" (p. 30). Al parecer, Améry insinúa que el momento de ese giro son los cincuenta años. Discutibles ambas hipótesis, bastante discutibles, sin embargo la cuestión de si llega un momento en que intelectual y vitalmente ya no se crea, no se produce —ni se recoge— innovación, es cuestión atractiva de debatir, aunque no sea éste el momento de hacerlo; innovación, claro está, entendida como fermento fecundo y no pura donación o adquisición decorativa.

Para Cicerón, al ser la vejez proceso natural, tiene sentido *per se*: "y no es verosímil que habiendo ella —la naturaleza— compuesto bien las otras jornadas de la vida, hubiese, como un poeta sin arte, descuidado el último acto. Mas con todo era necesario que hubiera algún fin y algo de marchito y caedizo como en los frutos de los árboles y de la tierra en su madurez y sazón" (*De Senectute*, II, 5).

El tema de qué sea "lo natural" y qué "lo artificial" sigue siendo un problema inquietante; mayor problema que su posible existencia lo plantea su formulación conceptual y sus implicaciones, límites, aceptaciones, exigencias que acarrearía. De cualquier manera, aunque la idea de sabiduría — en ella se apoya Cicerón para la aceptación y enaltecimiento de la vejez— nos resulte ya algo lejana, el sabio clásico tendría una cierta traducción moderna: el hombre al que el tiempo ha hecho madurar, templarse, agudizar la mirada que escruta la realidad toda, al cabo, crecer; en ese crecimiento iría implícita la idea de aceptación de la vejez como etapa vital.

Ser sabio estoico en las primeras etapas del estoicismo era extremadamente difícil; luego con la divulgación de Panecio, se bajó el listón, pero seguía siendo carrera difícil. Tampoco es fácil madurar, crecer, por eso, a lo peor, no es fácil llevar con suavidad lo que de "marchito y caedizo" hay en la vejez. Bobbio nos dice: "Dicen que la sabiduría consiste, para un viejo, en aceptar resignadamente sus límites. Pero para aceptarlos es preciso conocerlos. Para conocerlos es preciso tratar de explicárselos. No me he vuelto sabio. Los límites los conozco bien, pero no los acepto. Los admito únicamente porque no tengo otro remedio" (Bobbio, 1997: 67).

Cicerón sería un adelantado de las últimas tendencias en geriatría: la actividad. El texto que transcribimos pudiera estar sacado de un programa gerontológico para la tercera edad: "hay que luchar contra la vejez como

contra una enfermedad; hay que poner atención en el estado de salud, hacer ejercicio con moderación, comer, beber en la medida conveniente para reparar las fuerzas, no con cantidad tal que se las sobrecargue. Pero no solamente se debe subvenir el cuerpo sino mucho más la mente y el ánimo, pues también éstos se apagan con la vejez a no ser que como a una lámpara se les eche aceite. Y los cuerpos ciertamente se hacen más pesados con ejercicios muy fatigosos, mas las almas ejercitándose se aligeran y elevan. Pues los que Cecilio llama "viejos necios de comedia" quiere decir los crédulos, olvidadizos, negligentes, achaques que son propios no de la vejez, sino de una vejez inerte, indolente y soñolienta" (*De Senectute*, XI, 36).

El problema para nosotros es que para Cicerón la actividad preferida —y que él estimaba más importante— era asesorar al senado y aconsejar a los jóvenes, y eso hoy sólo está reservado a unos poquísimos viejos importantes; antes también, pero siempre quedaba un núcleo familiar o parafamiliar que se "dejaba" aconsejar; hoy los añosos lo tenemos algo más complicado: ¿cómo competir el viejo "corriente", semiilustrado en el mejor de los casos —que somos la mayoría— con el profesional, que los hay para todo? Las técnicas de transmisión del saber van muy deprisa —el saber más fundamental va más despacito aunque en algunas áreas corre que se las pela— pero los viejos van más despacio. Es fácil que queden "fuera de juego" y la experiencia vital del viejo

me temo que no suscita, por lo general, por lo muy general, por lo capitán general con mando en plaza, excesivo interés.

Volviendo a la vejez que nos pinta Cicerón, la serenidad del alma es preciosa adquisición de la vejez: "Mas ¡de cuán gran precio es para el alma, licenciada ya del servicio de la pasión, de la ambición, de la lucha, de las enemistades, de las concupiscencias todas, estar consigo misma, y consigo mismo, como se dice, vivir!" (*De Senectute*, XIV, 49). Séneca, unos ciento veinte años después, en un bonito texto, nos da argumentación similar a la de Cicerón: "la mayor dulzura que encierra todo placer la reserva para el final. Es gratísima la edad que ya declina, pero aún no se desploma, y pienso que aquella que se mantiene aferrada a la última teja tiene también su encanto; o mejor dicho, esto mismo es lo que ocupa el lugar de los placeres: no tener necesidad de ninguno. ¡Qué dulce resulta tener agotadas las pasiones y dejadas a un lado!" (*Epístolas morales a Lucilio*. Lib. I, epíst. 12, 5).

Simone de Beauvoir lo ve de otra manera: "hay que descartar radicalmente un prejuicio: la idea de que la vejez trae la serenidad. Desde la antigüedad el adulto ha tratado de ver bajo un aspecto optimista la condición humana; ha atribuido a las edades que no son la suya las virtudes que no poseía: la inocencia al niño y la serenidad a los viejos"; y nos recuerda lo que el doctor Reverzy, en su prefacio a la *Grande Salle de Jacoba van Velde*, dice de los viejos: "En ellos la

voluntad de vivir no se ha extinguido. El deseo, la pasión, el capricho sobreviven. No conocía a ninguno a quien la experiencia de los años le hubiera transmitido esa sabiduría o serenidad de los buenos abuelos de los libros" (Beauvoir, 1983: 574, 575).

Es verdad que hay una literatura —y una cinematografía— exaltadora de la "anciana serenidad" un tanto sospechosa, pero lo que dice Cicerón tiene sentido. Pueden ser compatibles el interés por vivir con un abandono —o severa restricción— de las pasiones agonales. Se pueden vivir con intensidad bastantes cosas de la vida sin quedar prendido en ellas, disfrutar sin que la pasión llene todos los rincones del alma. Gozar la belleza sin poseerla, desaprobar severamente esto o aquello sin que asome la ira, sentir piedad sin que la compasión arrastre todo el espíritu. La vejez podía ser buena edad para hacer esas cosas, pero me temo que no es nada fácil lograrlo, sobre todo en una cultura como la occidental de hoy en día en que la contemplación es desplazada por la acción y ésta queda vinculada a la emoción.

Para la vejez, Cicerón ha encontrado una ocupación que le solaza en extremo: la contemplación del agrío. Pena que un mundo crecientemente urbano no permita esta posibilidad a un buen número de viejos, aunque algunos —y hacen bien si es su gusto— no quieran ver el campo ni en pintura. Ver florecer el almendro y el cerezo, madurar el madroño y algo de tute y de petanca: ése es el plan gerontológico del viejo senador de la Cam-

pania. En un bello texto nos lo dice así: "Y ¿qué más diré del verdor de los prados o de la belleza de los viñedos y olivares? Cortaré concisamente: nada puede haber ni más abundante en utilidad ni que aparezca a los ojos más adornado de hermosura que un campo bien cultivado; para cuyo goce los muchos años no sólo no son impedimento sino que convidan y atraen; pues ¿dónde la vejez puede mejor calentarse al sol o a la lumbre o a su tiempo refrescarse a la sombra o con las aguas más saludablemente? Ténganse sus armas, caballos, lanzas, sus juegos de clavos y de pelota, sus cacerías y sus carreras: a nosotros los viejos déjenos entre las muchas diversiones las tabas y los dados, y aun esto como les plazca porque sin ellos puede también la ancianidad ser feliz" (*De senectute*, XVI, 57-58).

Para terminar, recordar que Cicerón ve de buen grado que en los banquetes, tal como se cuenta en el *Simposio* de Jenofante, se ofrezca a los viejos vino —en esa buena tradición platónica, que no aristotélica, de alabar el morapio tomado con medida— en "diminutas y rociantes copas". Suscribimos con entusiasmo

esta gerontopraxis, incluso aunque las copas no sean pequeñas.

Bibliografía

- BEAUVOIR, S. de (1983). *La vejez*, Barcelona, Edhasa (Orig. francés: 1970).
- BLASCO DE GARAY. "Cartas de Refranes", en Sbarbi, J.M., *El refranero general español*, Madrid, Atlas (1ª Ed. 1874).
- BOBBIO, N. (1997). *De senectute*, Madrid, Taurus (Orig. Italiano: 1996).
- BOURDIEU, P. (1993). *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa (Orig. Francés: 1987).
- CICERÓN. *De senectute* (De la vejez y de la amistad), Barcelona, Lib. Bosch, 1994 (Trad.: Pedro Font Paris).
- CICERÓN. *Sobre la República*, Madrid, Gredos 1994 (Trad.: Álvaro D'Ors).
- ESQUILO. *Tragedias completas*, Barcelona, Planeta 1993 (versión rítmica: Manuel Fernández Galiano).
- LE GOFF, J. (1985). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa (Orig. Francés: 1975).
- LUCIANO DE SAMOSATA. *Diálogos de los muertos*, Madrid, Alianza 1997 (Trad.: Juan Zaragoza Botella).
- MOÑIVAS, A. (1998). "Representaciones de la vejez (Modelos de disminución y crecimiento)", en *Anales de Psicología*, vol. 14, núm. 1, Murcia.
- SÉNECA. *Epistolas morales a Lucilio*, Madrid, Gredos, 1986 (trad.: Ismael Roca Melia).
- VEYNE, P. (1991). *La sociedad romana*, Madrid, Mondadori (Orig. Francés: 1986).

Francisco RODRÍGUEZ RIOBOÓ
Universidad Complutense de Madrid